ISSN: 2386-2491

EL HÉROE ROMÁNTICO Y EL MÁRTIR DE LA LIBERTAD: LOS MITOS DE LA REVOLUCIÓN EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

Raquel Sánchez

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN:

El héroe romántico es una categoría histórica que nos permite estudiar el contexto de las revoluciones europeas de la primera mitad del siglo XIX desde una perspectiva transnacional. El héroe romántico combatió en toda Europa contra el orden político del absolutismo bajo la bandera de la libertad y/o de la nación. En el caso español, esta categoría heroica, personificada en el mártir de la libertad, se convirtió en un mito del proceso de construcción del estado liberal y de la nación moderna, un mito revolucionario con múltiples lecturas e interpretaciones.

ABSTRACT:

The romantic hero is a historical category that allows us to study the context of the European revolutions of the first half of the 19th century from a transnational perspective. The romantic hero fought throughout Europe against the political order of absolutism under the banner of freedom and / or nation. In Spain, this heroic category, personified in the martyr of freedom, became a myth of the process of building of the liberal state and of the modern nation, a revolutionary myth with multiple interpretations.

PALABRAS CLAVE: *Romanticismo, héroe, mujeres patriotas.*

KEYWORDS: *Romanticism, hero, patriotic women.*

El héroe se caracteriza por una serie de rasgos que definen lo que podríamos denominar su estructura arquetípica. Si un héroe griego como Jasón se movía por valores distintos de los de un héroe medieval como Galahad, no dejaba de compartir con él rasgos que nos permiten reconocer su condición heroica. Sin embargo, y al mismo tiempo, cada héroe presenta atributos que lo encuadran en su contexto histórico, mítico o literario. Ello nos conduce a constatar algo que, no por ser una obviedad, conviene dejar de lado: cada época tiene sus héroes, cada tiempo necesita sus ídolos, porque cada momento histórico se apoya en unos valores distintos y, en última instancia, el héroe es un reflejo de los anhelos de la sociedad en la que nace. El héroe del siglo XIX fue el héroe romántico.[129]

1.- LOS HOMBRES EXTRAORDINARIOS

Durante el siglo XIX, la sociedad burguesa estuvo fascinada por el papel jugado

[129] Un análisis de las figuras heroicas desde una perspectiva histórica y antropológica en: BAUZÁ, Hugo Francisco: *El Mito del Héroe, morfología y semántica de la figura heroica*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007; SOMERSET, Fitzroy Richard (Lord Raglan): *The hero: a study in tradition, myth, and drama*. London, Methuen & Co., 1936; DUNDES, Alan, RANK, Otto y Lord RAGLAN, *In Quest of the Hero - The Myth of the Birth of the Hero*. New Jersey, Princeton University Press, 1990.

por determinados individuos en la evolución de los hechos históricos. La teoría social, la historia y la ciencia proporcionaron explicaciones sobre la relación entre esos individuos y su entorno. ¿Por qué esta preocupación por algo que en los siglos anteriores no había despertado un interés tan grande? La razón parece clara: la progresiva construcción de una sociedad mesocrática, apoyada en sólidos intereses materiales y en razonables cálculos estratégicos, no constituía suficiente aliciente para una buena parte de la población. Se necesitaban nuevos referentes con los que construir un imaginario que no se podía poblar de santos, reyes y aristócratas. La nueva sociedad burguesa no aceptaba ya que los espejos en los que mirarse fueran gentes cuyos privilegios de nacimiento les habían otorgado un papel significativo en épocas anteriores. Tras el trastorno producido por la Revolución Francesa nada podía ser igual: los reyes iban a necesitar nuevas formas de legitimación, la religión vería socavados sus pilares por los avances de la ciencia y las dificultades económicas de muchos aristócratas les habían restado peso social. Estos cambios se venían observando desde el siglo XVIII en algunos países europeos y en esas transformaciones se hallaban las semillas del nacionalismo y del liberalismo político que marcarían la centuria posterior.

A ello habría que añadir otra cuestión que, también desde finales del siglo XVIII, favoreció la aparición de un arquetipo heroico distinto: un nuevo concepto acerca de la importancia de la subjetividad individual como medio para interpretar la sociedad y la naturaleza. El mundo ya no era esa realidad objetiva, externa al hombre, regida por unas leyes claramente predecibles, sino que se hallaba conformado por un conjunto de percepciones únicas, distintas entre sí, que configuraban un universo plural, difícil de aprehender, pero a la vez enormemente atractivo. Ello daba valor al individuo concreto, independientemente de su condición social, pues en cada hombre se escondía una forma de entender la realidad. Solo había que ser capaz de salir de la tiranía del pensamiento común, de atreverse a desafiar a lo establecido, de proyectar el yo personal en el mundo para cambiarlo. Esta actitud, el subjetivismo, tenía sus consecuencias. La más evidente de ellas era la ruptura con la sociedad, pero en el desafío se hallaba el gesto que definía al individuo heroico de los demás. Asumir el reto de ser lo que se es realmente, más allá de convenciones sociales, y afrontar las derivaciones que esta decisión traía consigo distinguían al individuo superior. Ni el nacimiento ni la riqueza, solo el valor personal.

El interés del siglo XIX por los hombres únicos se manifestó en un libro muy difundido, producto de un ciclo de conferencias impartidas por su autor, el escocés Thomas Carlyle: *On Heroes and Hero-Worship and the Heroic in History* (1841). Planteaba Carlyle una forma de interpretar la historia a través de las acciones de los grandes hombres, que serían los verdaderos artífices de las transformaciones sociales y

políticas. Los prototipos heroicos de Carlyle eran Odín (el héroe como divinidad), Mahoma (el héroe como profeta), Dante y Shakespeare (el héroe como poeta), Lutero y Knox (el héroe como religioso), Johnson, Rousseau y Burns (el héroe como hombre de letras), y Cromwell y Napoleón (el héroe como rey). No hay que entender que, a partir de este esquema, Carlyle considerase admirables las acciones de esos caracteres heroicos, ni mucho menos: solo hay que leer lo que dice sobre Mahoma para comprobarlo. Sin embargo, el escritor escocés encontraba en ellos a unos individuos capaces de movilizar a cientos de personas, cambiar las conciencias o generar nuevas formas de entender la política y la religión. En esta misma línea escribió Ralph Waldo Emerson los ensayos que formarían el libro *Representative Men* (1850), y en el que aparecen analizados Platón (como filósofo), Swedenborg (como místico), Michel de Montaigne (como escéptico), Shakespeare (poeta), Napoleón Bonaparte (con la significativa denominación de "el hombre del mundo") y Goethe (como el escritor). Por otra parte, en las tipologías que realizaron los dos autores aquí mencionados, Carlyle y Emerson (que son solo dos de las variadas producciones al respecto), destaca la importancia que van a cobrar los que podríamos denominar "héroes de la palabra" en esta relectura del papel del gran hombre en la sociedad del siglo XIX. Ambos integraron en el panteón de los héroes a figuras que en los prototipos heroicos del pasado habían desempeñado un papel secundario o que no respondían al arquetipo tradicional. Me refiero en particular al hombre de letras y al poeta. Sin embargo, resulta llamativo que no hagan referencia a los artistas, que desde siglos atrás habían sido asociados a una de las manifestaciones más modernas del héroe: el genio, categoría heroica que estará plenamente vigente en el siglo XIX y que adquirirá nuevos matices que se proyectarán hacia el siglo XX.

Desde luego, el paradigma interpretativo que explicaba la evolución de los acontecimientos históricos a partir de las acciones de los grandes hombres fue discutido por muchos intelectuales de la época bajo distintas ópticas: desde Karl Marx hasta el psicólogo William James, pasando por el naturalista y sociólogo Herbert Spencer. Sin embargo, la simplicidad de este esquema y la pervivencia del imaginario heroico en la cultura occidental lograron su éxito entre el público. Por otra parte, y para la historiografía contemporánea, el estudio de aquellos individuos que han sido instituidos como héroes por la sociedad contemporánea nos revela interesantes parcelas sobre el comportamiento político de esa sociedad, sus aspiraciones, el porqué del culto al líder, las primeras formas de populismo.[130] Hay que tener en cuenta, a este respecto, que es la sociedad la que hace al héroe: son los miembros de una comunidad política los que crean y recrean su imagen, reconocen en él

[130] Sugestivas reflexiones a este respecto en PUHLE, Hans-Jurgen: "El liderazgo en la política. Una visión desde la historia", en [MEES, Ludger y NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manuel (coords.)]: *Nacidos para mandar. Liderazgo, política y poder. Perspectivas comparadas*. Madrid, Tecnos, 2012, pp. 23-43.

los valores a los que todos deben aspirar, le convierten en el portador de una causa. Alguien es un héroe cuando otros se miran en él para convertirse, ellos también, en héroes.

El héroe que nos interesa en estas páginas es el héroe romántico, que tiene unas características propias en la cultura occidental.[131] El héroe romántico, como los héroes del pasado, tiene un carácter trágico pues, en la proyección de su subjetividad sobre el mundo, se topa con una realidad que no le entiende, le repudia o se burla de él. La reacción es, por tanto, el rechazo a ese mundo en el que solo se puede vivir, o al margen de él, o sometiéndolo. En este sentido, el héroe romántico se siente superior al resto de sus congéneres. No superior por su posición social ni por nacimiento, sino por opción personal, por no doblegarse, por su decisión de afrontar la adversidad.[132] Se considera, por tanto, un alma aristocrática. El héroe romántico expresa un problema existencial que puede plantearse en términos políticos (la lucha contra la opresión), artísticos (la ruptura con el canon), sociales (el rechazo a las convenciones) o puramente personales (inadaptación). El héroe romántico busca un paraíso perdido y quimérico que nunca existió, en su anhelo por entender y llegar al "Todo", y lo busca a través de la amada, de la guerra, de la política o del arte y la literatura, pero nunca lo encuentra. De ahí su carácter trágico. En este sentido, Rafael Argullol, en un libro imprescindible para conocer las raíces filosóficas de esta categoría histórica (*El Héroe y el Único*), ha descifrado la importancia del suicidio en la caracterización del héroe romántico en tanto que la muerte supone la culminación de un proceso infructuoso por atrapar lo inaprensible. No obstante, no hay que entender el suicidio en un sentido estrictamente literal, sino que el suicidio está ya contenido en la decisión de desafiar al mundo, por lo que la muerte del héroe puede producirse lentamente o puede ser el producto de una resolución instantánea; puede ser llevada a cabo por el propio héroe o por otros, que ejercen así de ejecutores de su destino trágico.

La figura del héroe romántico, con los caracteres anteriormente descritos, se halla presente en todos los países europeos, adquiriendo peculiaridades propias de cada entorno cultural, pero respondiendo a un esquema general que nos muestra la interconexión cultural del continente en aquella época. El héroe romántico es, pues, una categoría transnacional. Incluso se podría decir que es más que una categoría: es una realidad transnacional pues una ligera mirada a la historia política y literaria de la Europa de la primera mitad del siglo nos revela figuras que, luchando por su país, acabaron siendo el icono de los grandes valores del siglo, como la libertad, la independencia o la fraternidad

[131] Un análisis muy interesante sobre el héroe romántico en CLARKE, George: "El héroe trágico romántico. El camino hacia lo imposible, la seducción del fracaso y la conquista de lo inevitable", https://www.academia.edu/2115907/El_h%C3%A9roe_tr%C3%A1gico_r%C3%B3mantico

[132] ARGULLOL, Rafael: *El Héroe y el Único: el espíritu trágico del romanticismo*. Barcelona, Destino, 1990, p. 376.

obrera, simbolizada en personajes como Giuseppe Mazzini, Adam Mickewicz o Mijail Bakunin. Sobre todos ellos sobrevuela la figura de Napoleón Bonaparte que, mitificada hasta la extenuación, simbolizó en su tiempo al héroe romántico por excelencia.[133] Por otra parte, en el concepto de héroe propio del romanticismo, habría que incluir al "héroe colectivo". Entendido de muy diversas maneras desde la Revolución francesa, constituye un protagonista político de primera importancia en la Europa del siglo XIX.

En las páginas que siguen no se va a hacer un análisis de la figura del héroe en España desde una perspectiva puramente política ni una lectura en clave estrictamente nacionalista, para lo cual remitimos al lector a otros trabajos de gran interés.[134] El objetivo que guía a este estudio es trazar los perfiles del héroe romántico en nuestro país en función del arquetipo europeo para ver cómo se adaptó a la realidad nacional y cómo fue evolucionando el mito heroico en el imaginario colectivo de la sociedad española durante la primera mitad del siglo XIX.

2. - EL HÉROE ROMÁNTICO EN ESPAÑA

España contaba con un terreno abonado para el éxito de las figuras heroicas. La Guerra de la Independencia había favorecido la aparición de héroes patrióticos, algunos de ellos muertos con honor, cuya posteridad iba a ser muy distinta en función de su filiación política. Entre esos patriotas se hallaba el héroe colectivo: el pueblo. También existía el reverso del héroe: el renegado, es decir, el afrancesado. Puede decirse, por tanto, que la guerra contra los franceses reforzó el papel del héroe moderno, un héroe politizado, nacionalista y patriota, en el universo mental de los españoles. A partir de 1814, es decir, cuando Fernando VII regresó a España como rey absoluto, se generó un escenario en el que el unilateral héroe patriota iba a dar paso a otro icono: "el mártir de la libertad". Este icono respondía plenamente al estereotipo del luchador por la libertad de muchos de los países europeos que se hallaban atados al yugo de la Restauración tras el Congreso de Viena. Se trataba de un individuo vinculado a posiciones políticas liberales que arriesgaba su porvenir, su fortuna y su vida por una causa moralmente elevada como era la implantación de un sistema de libertades en su país. Desde 1814 y hasta 1833, el mártir de la libertad se convirtió, pues, en un referente fundamental para entender la cultura política liberal española, que pudo construir así su panteón de héroes cívicos. A través de este icono, que apelaba a la emoción y al

[133] Un muy interesante análisis en HAZAREESINGH, Sudhir: *The legend of Napoleon*. London, Granta Books, 2005. En España, como en los demás países ocupados por las tropas imperiales, la leyenda napoleónica presenta múltiples matices. Véase al respecto: CASTELLS OLIVÁN, Irene y ROCA VERNET, Jordi, "Napoleón y el mito del héroe romántico. Su proyección en España (1815-1831)", *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, 4 (2004) http://hispanianova.rediris.es/4/articulos/04_001.htm

[134] En particular, los estudios contenidos en MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor y CHUST CALERO, Manuel (coords.), *La construcción del héroe en España y Mexico: (1789-1847)*. Valencia, Universitat de València, 2003.

sentimiento, el liberalismo contribuía a refrendar un pacto generacional que permitía mantener la continuidad de la lucha por los ideales de liberación. Con la excepción del Trienio liberal (que también generó sus propios mártires[135]), el país vivió casi veinte años bajo la férula del absolutismo sin otra posibilidad de lograr el cambio político que el pronunciamiento. De ahí que la mayor parte de los héroes individuales de este periodo fueran militares.

Una vez muerto Fernando VII, podría decirse que se inicia un nuevo periodo en el que los caracteres del héroe romántico español se hacen más complejos. Aunque el país va a entrar en una cierta normalidad por lo que respecta a la construcción de un estado liberal ajustado a los estándares de los países más avanzados de Europa, las prácticas políticas fraudulentas conducirán a que la oposición política, en unión de los militares, siga recurriendo al pronunciamiento como única posibilidad para lograr el cambio de gobierno. A la vez, la guerra civil que arrasó el país entre 1833 y 1840 favoreció la aparición de militares carismáticos que reforzaron su papel político a partir de su condición de héroes militares. El caso de Espartero es, a este respecto, más que evidente. También el campo carlista generó sus propias figuras heroicas, como el general Zumalacárregui, con una proyección más limitada pero que han contribuido históricamente a la mitificación de la lucha de la dinastía de don Carlos y han facilitado que, durante generaciones, se mantenga viva la llama de lo que Jesús Pabón llamó "la otra legitimidad". Por estas circunstancias, y otras más que sería muy largo detallar aquí, puede afirmarse que la condición del héroe comienza a hacerse más problemática y a entenderse de formas muy diversas en función de la pluralidad de significados del concepto "libertad".

En esta descripción general acerca del héroe romántico en España es importante añadir, antes de entrar en detalles más concretos sobre personajes y momentos, algunos elementos que pueden contribuir a perfilar con más concreción este arquetipo. Se ha hablado de los militares como el perfil más habitual, aunque esta simplificación nos podría llevar a cometer un error de bulto. El héroe romántico y el mártir de la libertad han adoptado en España múltiples encarnaciones entre las que cabría destacar la ya mencionada del pueblo como héroe colectivo. Este mito de la Guerra de la Independencia volverá a salir a la luz en diversas ocasiones. A veces aparecerá como razón última por la que se produce el acto de rebeldía del héroe; a veces, reservándose el protagonismo de unas acciones que, con éxito o sin él, han contribuido a crear una conciencia política en la población. Las apelaciones a la ciudadanía de la prensa en el Trienio Liberal o el protagonismo que la gente común adquirió en las revoluciones de 1848 y 1854 son prueba de ello. Detrás se esconde toda una retórica acerca de la consideración que

[135] Tal vez el más importante sea el teniente Landáburu, asesinado por sus compañeros de la Guardia Real el 30 de junio de 1822 al oponerse al grito de "¡Viva el rey absoluto!", que estos profirieron al paso de Fernando VII.

merece el pueblo como agente revolucionario, o del miedo que produce el pueblo en la calle a quienes detentan el poder. A partir de mediados de siglo, y no solo en España, el pueblo como héroe colectivo pasará a ser patrimonio de ideologías situadas a la izquierda, pues para el liberalismo, siempre elitista, la creciente politización de las clases populares comenzaba a representar un peligro potencial, cuyo estallido más evidente se produciría en la sublevación de la Comuna de París en 1871.[136]

Otros dos colectivos interesantes en la configuración del héroe de la libertad en España son las mujeres y los exiliados. A las primeras las dedicaremos un apartado propio, pues su tratamiento tiene unas peculiaridades que lo singularizan. Con los exiliados nos encontramos ante un grupo muy plural, en el que podemos incluir a militares y civiles, a mujeres y a hombres, a jóvenes y a mayores. En realidad, más que una de las manifestaciones del comportamiento heroico, la de exiliado es una condición del héroe, en tanto que aparece como una de las consecuencias de su desafío al poder establecido. En la España de Fernando VII, el rebelde tiene pocas opciones: la muerte, la cárcel o el exilio. Para muchos de ellos, esta fue la última salida. En el exilio se despliegan los sentimientos de desarraigo, el autoanálisis y la duda. Las dificultades para integrarse en el país de adopción y, a menudo, las duras condiciones de vida en este constituyeron aspectos de primera importancia que motivaron la vuelta, humillados, de muchos de los huidos.

3. - EL MÁRTIR DE LA LIBERTAD: DEL PRONUNCIAMIENTO AL PATÍBULO

El mártir de la libertad es, como se ha dicho antes, la más clara expresión del héroe liberal en España y, como arquetipo, pasará a otras ideologías y a otras épocas. La expresión es muy interesante porque une dos cosmovisiones si no opuestas, sí al menos no siempre complementarias en la cultura política de la modernidad: la religiosa y la política. De este modo, la palabra "mártir", fuertemente asociada en España al sentido clásico de víctima de la intolerancia religiosa, aparece unida a otra palabra, libertad, que alcanza en este periodo el sentido político moderno de emancipación de la tiranía. Al unir ambas palabras, la expresión "mártir de la libertad" tiñe de valor trascendente al sujeto, que se presenta como víctima de una intolerancia que en este caso es política. A su vez, la libertad aparece como un valor moral superior y la lucha por ella alcanza un sentido sagrado. Así, el mártir de la libertad aparece ante nuestros ojos como un nuevo Cristo: el Cristo político. Resulta difícil decir cuándo se

[136] Acerca de estas cuestiones, véase: LIDA, Clara Eugenia: "¿Qué son las clases populares? Los modelos europeos frente al caso español en el siglo XIX", *Historia Social*, 27 (1997), pp. 3-21; ÁLVAREZ JUNCO, José: "En torno al concepto de "pueblo". De las diversas encarnaciones de la colectividad como sujeto político de la cultura política española", *Historia Contemporánea*, 28 (2004), pp. 83-84; FUENTES, Juan Francisco: "Mito y concepto de pueblo en el siglo XIX: una comparación entre España y Francia", *Historia Contemporánea*, 28 (2004), pp. 95-110.

acuñó la expresión, pero lo cierto es que ya se usaba en la época de la Guerra de la Independencia. Al menos así aparece en el *Semanario Patriótico* en 1808 y en 1811. En ambas ocasiones se alude al comunero Padilla en relación a la oda compuesta por Quintana en 1797.[137] Diversos poemas y obras teatrales se escribieron durante la guerra apelando a los héroes de las Comunidades, a quienes se tiene por los primeros mártires de la libertad en España. El interés revivió en el Trienio Liberal y a partir de 1833 con más obras teatrales, novelas históricas y otras producciones literarias. En definitiva, el paralelismo entre los comuneros, leídos en clave política moderna, y los liberales que sufrieron persecución política es algo que sobrevuela durante buena parte del siglo y que se acabó consagrando como un icono de la tradición liberal del país en el cuadro que Antonio Gisbert pintó para la decoración del Congreso de los Diputados en 1860 (*Los comuneros Padilla, Bravo y Maldonado en el patíbulo*).[138] Especialmente significativo fue el acto celebrado en 1821 con motivo de los 300 años de la batalla de Villalar, momento en que los liberales conmemoraron públicamente el sacrificio de los héroes del pasado con los del presente. La comisión encargada de trasladar los restos de los comuneros a un nuevo emplazamiento estuvo presidida por otro héroe del liberalismo: Juan Martín el Empecinado. Además, el gobierno declaró a Padilla, Juan Bravo y Maldonado héroes de la patria. Los comuneros se habían convertido en un símbolo del liberalismo hasta para los absolutistas, pues finalizado el Trienio Liberal, en 1823, sus restos fueron humillados y arrojados al Duero por el carácter simbólico que habían adquirido en el Trienio.[139]

Fue en este hermanamiento intergeneracional de los mártires que habían combatido la opresión donde tendrían su protagonismo los conspiradores contra Fernando VII, que desde el mismo año de 1814 pondrían en marcha diversos pronunciamientos para acabar con el régimen absolutista. Los más conocidos fueron los de Espoz y Mina en Pamplona (septiembre 1814), Díaz Porlier en La Coruña (septiembre de 1815), Vicente Richard en Madrid (febrero de 1816, la conocida como "Conspiración del Triángulo"), Luis Lacy y Milans del Bosch en Barcelona (abril de 1817), Juan van Halen en Madrid (septiembre de 1817), la conspiración de El Palmar (julio de 1819), para terminar con el exitoso pronunciamiento de Riego y Quiroga en las Cabezas de San Juan el 1 de enero de 1820. En la década ominosa el proceso se repetirá, con tentativas como las de Pablo Iglesias (la "Expedición de los

[137] *Semanario Patriótico*, 3.11.1808, [p. 184] y 21.11.1811, [p. 409]. Igualmente, y aludiendo al mismo personaje histórico, en *Abeja Española*, 10.1.1813, [p. 79].

[138] El mito comunero está, además, asociado a la nación en tanto que nación liberal. Sobre esta cuestión: RIVERO, Antonio: "El mito comunero y la construcción de la identidad nacional en el liberalismo español", en COLOM, Francisco (ed.): *Relatos de nación. La construcción de identidades nacionales en el mundo hispánico*. Madrid/Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2005, vol. 1, pp. 147-158.

[139] BERZAL DE LA ROSA, Enrique: *Los comuneros. De la realidad al mito*. Madrid, Sílex, 2008, p. 219.

Coloraos", Almería, 1824), los hermanos Bazán (Alicante, 1826), Espoz y Mina y Joaquín de Pablo, conocido como Chapalangarra (Pirineos, 1830), Salvador Manzanares (Algeciras y Estepona, 1831), Marco-Artu (Madrid, 1831) y la de Torrijos (Málaga, 1831).[140] En todo este entramado desempeñó un papel muy significativo la masonería como red articuladora y prestadora de servicios de ayuda y seguridad, más que como marco ideológico de referencia.[141]

Popularmente, tanto los civiles como los militares implicados en estas conspiraciones adquirieron un carácter heroico que es evidente a partir del Trienio Liberal y que será reconocido en diversos actos y reconocimientos públicos.[142] En casi todos ellos concurre un patrón que constituye la base de la construcción de su respectiva leyenda heroica. Nace este patrón con las acciones de los héroes en la Guerra de la Independencia y se va desarrollando posteriormente, hasta alcanzar en la década ominosa su más clara definición en José María Torrijos. Responde, en realidad, al arquetipo del héroe romántico del que se ha hablado con anterioridad y se cimienta en la atribución al héroe de una serie de virtudes militares y cívicas que le convierten en personaje de referencia. La primera de estas virtudes es poseer una conciencia política volcada hacia la consecución de la libertad, entendida de forma poco precisa en muchos casos, pero lo suficientemente clara y vinculada a la idea de progreso como para no dar lugar a equívocos. La segunda es su capacidad de sacrificio, que le conduce a renunciar a una vida cómoda (por sus orígenes familiares y/o por su lugar en la jerarquía militar) para luchar por una causa común, es decir, el héroe sitúa los intereses generales delante de los particulares. La tercera tiene que ver con una apariencia física que une lo marcial a lo estéticamente bello y a la juventud, según los cánones de la época, adaptándose a uno de los perfiles más importantes del héroe romántico: su carácter masculino. En este sentido, el héroe romántico encarna los valores éticamente superiores de la masculinidad (valor, gallardía, protección a los débiles), mientras que sus enemigos despliegan los valores contrarios y, en particular, la brutalidad y la violencia ciega. Estas tres virtudes del mártir de la libertad son las que configuran un carácter entero, sobrio y varonil que le permite arrostrar las consecuencias de sus acciones: el exilio, la prisión o la muerte. Por otra parte, en la caracterización que la publicística hace del mártir de la libertad hay dos elementos más

[140] Es básico, para conocer estas conspiraciones, el libro de CASTELLS, Irene: *La utopía insurreccional del liberalismo: Torrijos y las conspiraciones liberales de la década ominosa*. Barcelona, Crítica, 1989. Para casos más concretos, pueden consultarse también: RAMOS RODRÍGUEZ, Mª Pilar: *La conspiración del triángulo*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1970; VARO MONTILLA, Francisco: *La causa del Palmar: conspiración y levantamiento de 1819*. Madrid, UNED, 2009; FERNÁNDEZ ESCUDERO, Agustín: "Consecuencias de la expedición de Pablo Iglesias y los coloraos a Almería. Agosto de 1824", *Trienio: Ilustración y liberalismo,* 66 (2015), pp. 113-147.

[141] CASTELLS, Irene: *La utopía insurreccional del liberalismo*, op. cit., p. 41.

[142] Véase al respecto: MARTÍNEZ GALLEGO, Francesc-Andreu: "El rescate del héroe: el panteón sincopado del liberalismo español (1808-1936)", en [Víctor MÍNGUEZ CORNELLES y Manuel CHUST CALERO (coords.)], *La construcción del héroe en España y Mexico*, op. cit., pp. 253-279.

que han de ser tenidos en consideración. Uno de ellos es la faceta sentimental de su biografía, que no siempre está presente, pero que cuando existe, otorga al individuo un valor añadido pues le hace partícipe del mundo de los afectos, le convierte en un ser sensible y, por lo tanto, humano. De esta manera, y tal vez paradójicamente, el héroe, a la vez que se hace más humano, se hace más heroico pues afronta el desafío desde su condición de simple mortal, de su dimensión de individuo igual en su origen a los demás, pero capaz de grandes acciones. Además, la correspondencia al amor de la esposa, de la madre o de la prometida suaviza el perfil más puramente viril del héroe, sentimentalizando su recuerdo. El otro recurso importante utilizado por la publicística ha sido el carácter trágico del héroe. Partiendo del infausto final de todos ellos, la muerte, los creadores del mito miran hacia atrás y reconstruyen todo un proceso de confusiones, traiciones, errores y sucesos fatídicos que parecían anunciar y preparar la muerte del héroe. En una estrategia narrativa claramente heredera de la tragedia griega, el héroe camina predestinado hacia su martirio, sin ser consciente de ello. A este patrón se adaptan los principales mártires de la libertad de la España de Fernando VII, al menos según la leyenda construida sobre ellos, como muestra un ligero repaso a sus trayectorias.

Luis Lacy (1772-1817) pertenecía a una prestigiosa familia de militares de origen irlandés y francés. Ingresó en el ejército muy joven, demostrando desde muy pronto su carácter audaz (o insubordinado). Combatió con el ejército francés en varias campañas europeas hasta que tuvo lugar la invasión de las tropas napoleónicas, momento en que desertó y se incorporó de nuevo al ejército español, desempeñando importantes puestos militares. Su aproximación a la ideología liberal había comenzado antes de 1808, se consolidó en la guerra al ingresar en la masonería y se refrendó tras el retorno de Fernando VII a España. A partir de ese momento, Lacy se mantuvo en contacto con otros militares, como él, simpatizantes del liberalismo hasta que en abril de 1817 se pronunció en Cataluña con el general Milans del Bosch. El levantamiento fue conocido por las autoridades a causa de la delación de varios oficiales, a pesar de lo cual se llevó a cabo. Una vez fracasado el intento, Milans pudo salir hacia Francia, pero no Lacy quien, escondido en Lloret de Mar, confiaba en que su antiguo amigo el general Castaños (capitán general de Cataluña) respetaría su vida. Finalmente, y cuando casi todos los implicados habían conseguido huir, Lacy fue apresado por el brigadier Manuel Llauder. Es a partir de este momento cuando comienza el carácter trágico de la muerte de Lacy pues, si bien Castaños no estaba dispuesto a tolerar rebeldías en el territorio a su cargo, su relación con el acusado le condujo a dilatar en el tiempo su decisión sobre él. Sin embargo, el intento de atentado contra el capitán general de Valencia, Francisco Javier Elío, le obligó a cambiar de opinión y a utilizar el proceso contra Lacy con carácter ejemplarizante. Parece ser que se había preparado una conspiración para salvarlo, que quedó abortada por las filtraciones sobre

la misma. La implicación de civiles en esta trama y el miedo a que se produjera una revuelta social en Barcelona decidió a Castaños a trasladar a Lacy al castillo de Bellver, en Mallorca, donde se ejecutó la sentencia de muerte contra él en la madrugada del 5 de julio de 1817. La figura de Lacy se reivindicó en el Trienio Liberal como héroe y mártir de la libertad y en especial, a partir de 1833, cuando comenzó la creación del panteón simbólico del liberalismo español, en el que quedó incluido como uno de los predecesores.[143] La realidad, tanto durante la guerra como después de ella, muestra que Lacy no fue, precisamente, un dechado de virtudes morales, pues con sus subordinados se comportaba de forma colérica y autoritaria, y con su esposa, como un maltratador.[144]

Si Lacy personifica a todos aquellos que lucharon por la libertad en la primera época del absolutismo fernandino y Torrijos a los que lo hicieron durante la segunda, Rafael del Riego constituye el eslabón entre ambas y el símbolo más conocido y más controvertido en su tiempo de la cadena heroica del liberalismo español. Riego (1784-1823) nació en Asturias en el seno de una familia hidalga.[145] La Guerra de la Independencia le proporcionó, también a él, la oportunidad de incorporarse a la lucha contra los invasores franceses, aunque no llegó a desempeñar puestos de responsabilidad. Sin embargo, protagonizó un hecho que después contribuyó a construir su leyenda. Al terminar la batalla de Espinosa de los Monteros y ser derrotado el ejército español, una buena parte de los soldados y de la oficialidad escapó los franceses. Riego, viendo a su superior, el general Acevedo, gravemente herido, decidió permanecer con él y no abandonarle. Como consecuencia de esta acción, fue capturado por el enemigo y pasó una larga temporada como prisionero de guerra en Francia. Más tarde, consiguió huir de Francia, llegar a España, reincorporarse al ejército y, como si se tratara del bautismo en la pila de las libertades, jurar la Constitución de 1812 ante Luis Lacy. Desde 1814 a 1819, Riego será un oficial con ideas liberales y masón, implicado en la conspiración que uno de sus principales promotores, el conde de La Bisbal, denunció a las autoridades, delatando así a sus propios

[143] MONENTE ZABALZA, Adela: "La conspiración de Lacy", *Hispania*, 137 (1977), pp. 601-621; ROCA VERNET, Jordi: "La Restauración de Fernando VII: la transformación represiva y autoritaria de la monarquía. Barcelona, de Manuel Casamada a Luis Lacy", *Rúbrica contemporánea*, vol. 4/8 (2015), pp. 15-20.

[144] ROCA VERNET, Jordi: "Emilia Duguermeur de Lacy, un liderazgo femenino en el liberalismo español" en [Irene CASTELLS, Gloria ESPIGADO, y Mª Cruz ROMEO, (eds.)], *Las heroínas de la Guerra de la Independencia*. Madrid, Cátedra, 2009, p. 371-378.

[145] El estudio más reciente sobre Riego es el de SÁNCHEZ MARTÍN, Víctor: *Rafael del Riego. Símbolo de la revolución liberal*. Alicante, Universidad de Alicante, 2016. Pueden consultarse también: GIL NOVALES, Alberto: *La Revolución de 1820 día a día: cartas, escritos y discursos de Rafael del Riego*. Madrid, Tecnos, 1976 y "Nuevos, aunque antiguos, datos sobre el final de Rafael del Riego", *Trienio: Ilustración y liberalismo,* 47 (2006), pp. 121-131; ASTUR, Eugenia: *Riego*. Oviedo, Principado de Asturias, 1984; TUERO BERTRAND, Francisco: *Riego, proceso a un liberal*. Madrid, Nobel, 1995; FUENTES ARAGONÉS, Juan Francisco: " 'Yo nada valgo': Rafael del Riego y la revolución liberal española", en [Manuel PÉREZ LEDESMA y Isabel BURDIEL (coords.)], *Liberales eminentes*. Madrid, Marcial Pons, 2008, pp. 13-42.

compañeros. Su destino como héroe y, por tanto, su leyenda comenzará a fraguarse a finales de ese último año. Con la distancia que da el tiempo, la mirada a los tres años en los que Riego lo fue todo en España (1820-1823) nos permite ver a un personaje que, más allá de sus méritos, se vio sobrepasado por el mito que la sociedad quiso hacer de él. Un mito que acabó actuando al margen de su voluntad. El levantamiento que impulsó con Antonio Quiroga (interesante caso de lo que podríamos denominar "no-héroe")[146] no fue tan exitoso en un principio como la leyenda ha querido mostrar. Sin embargo, abrió la espoleta a un proceso de proyección de los logros revolucionarios en la persona de Riego, con resultados positivos y negativos para él. Por una parte, fue objeto de múltiples homenajes, algunos de los cuales pudieran contemplarse ahora con perplejidad, pero alcanzan su sentido en una cultura política propia del Antiguo Régimen y de la forma en la que entonces se entendían las muestras públicas de adhesión al gobernante: cuando en abril de 1820 entró en Cádiz como héroe victorioso, varios vecinos desengancharon los caballos de su carruaje para tirar de él, al igual que se había hecho con Fernando VII seis años antes, al terminar la guerra. Existió un verdadero culto a la figura de Riego en los años del Trienio Liberal[147], cuya expresión más clara fue la adopción del himno que lleva su nombre como símbolo nacional.

Pese a todo, será precisamente de ese proceso de glorificación de donde procedan los resultados negativos para Riego de la personificación de la revolución en su persona. Desde muy pronto surgieron recelos en determinados grupos políticos acerca de sus verdaderas intenciones y de su presunto deseo de adquirir un poder desmesurado sirviéndose del ejército. Comenzaron entonces las acusaciones de conspiración contra el sistema representativo por parte de significados prohombres como Argüelles o Martínez de la Rosa que, leídas en clave del arquetipo del mártir de la patria, no eran más que producto de la envidia que suscitaba su arraigo popular. Con la entrada de los Cien Mil Hijos de San Luis en España, Riego abandonó su cargo de diputado y volvió al combate. Encontrándose los liberales de retirada, fue descubierto en Jaén y apresado. A partir de ese momento, comenzó el suplicio de Riego. Lo que los absolutistas entendieron como la degradación de un militar traidor, para los liberales se convirtió en el paso de su condición de héroe a la de mártir. El llamado "héroe de las Cabezas" fue humillado en un proceso que recordaba a los tiempos más oscuros de la Inquisición: vestido con una saya negra, fue paseado por las calles de Madrid y finalmente ahorcado y decapitado. Riego ha tenido una posteridad

[146] En los primeros momentos, Antonio Quiroga (que era la máxima autoridad de los sublevados) fue homenajeado al lado de Riego, considerándose a ambos los autores de la revolución. Sin embargo, las acusaciones de que fue objeto posteriormente (escasa habilidad militar y corrupción) acabaron situándole en un lugar secundario (SÁNCHEZ MARTÍN, Víctor: *Rafael del Riego*, op. cit., pp. 421-430).

[147] FUENTES ARAGONÉS, Juan Francisco: "'Yo nada valgo': Rafael del Riego y la revolución liberal española", op. cit., p. 29.

que ningún otro mártir de la libertad en España ha disfrutado. Después de su muerte, su nombre traspasó las fronteras y llegó nada menos que hasta a Rusia, donde se convirtió en un símbolo. En la España isabelina, y por iniciativa de su amigo Mendizábal, la regente firmó un decreto el 21 de octubre de 1835 por el que se recordaba su nombre y se restauraba su memoria. También ha traspasado Riego las fronteras del tiempo para convertirse, ya en el siglo XX, en un símbolo de la lucha contra el fascismo.[148] Por otra parte, y según el arquetipo del héroe romántico expuesto anteriormente, no faltó en el caso de Riego el componente afectivo-sentimental. En 1821 se había casado con su sobrina Teresa, que marchó para el exilio inglés cuando él todavía luchaba contra las tropas del duque de Angulema. Se sabe que, hallándose ya sin escapatoria, escribió a su esposa, angustiado por no tener noticias de ella desde su salida de España. Para ahondar más en el carácter trágico del mito construido a su alrededor, habría que añadir el hecho de que Teresa murió a los pocos meses de instalarse en Londres, habiendo conocido ya el destino de su marido.

José María Torrijos y Uriarte (1791-1831) representa, con toda probabilidad, al héroe romántico español por excelencia. En él confluyen y se perfeccionan todos los caracteres del héroe que hemos visto en los casos anteriores. Procedía de una respetada familia de burócratas de la monarquía. De hecho, su abuelo fue miembro de Consejo Real y fiscal de la Real Chancillería de Granada, mientras que su padre desempeñó el puesto de ayuda de cámara del rey Carlos IV. Con tales antecedentes, Torrijos podría haber llegado muy lejos si hubiera seguido una cómoda carrera cortesana, lo que no hizo, sacrificando un porvenir tranquilo tanto por su vocación militar como por sus ideales políticos. Ingresó en el ejército muy niño y a la edad de trece años entró en la Academia de Alcalá de Henares para convertirse en ingeniero militar. Su fama de valiente se fraguó en la Guerra de la Independencia, donde sirvió a Daoíz y a Velarde, estuvo a punto de ser fusilado, combatió en la defensa de varias plazas, fue apresado por franceses y estuvo bajo las órdenes de Wellington en la batalla de Vitoria. En estos momentos finales de la guerra se incorpora a su leyenda el elemento sentimental, pues en marzo de 1813 se casó con Luisa Sáenz de Viniegra. En este escenario, Luisa no representa a la tradicional de la esposa pasiva que, como Penélope, aguarda la llegada del héroe, sino a la fiel compañera que comparte los ideales del esposo y arrostra los peligros necesarios por la causa que ambos defienden. Será ella quien, en buena medida, mantenga el recuerdo y forje la leyenda de su marido en la biografía que escribió sobre él titulada *Vida del general D. José María de Torrijos y Uriarte* (1860).

Torrijos comenzó a participar en planes subversivos contra el absolutismo poco tiempo después de la vuelta de Fernando VII, al comprobar que el rey no

[148] FUENTES ARAGONÉS, Juan Francisco: "'Yo nada valgo': Rafael del Riego y la revolución liberal española", op. cit., p. 16.

tenía la menor intención de cambiar la forma de gobierno que había regido el país hasta 1808. Como consecuencia de sus actividades sediciosas, a finales de 1817 fue encarcelado en el castillo de Santa Bárbara (Alicante) y después trasladado a la prisión de la Inquisición en Murcia. En 1820 Torrijos va a desarrollar, como tantos otros, una amplia actividad en el seno de las sociedades patrióticas y las tertulias políticas de los cafés, en un proceso de aprendizaje de la ciudadanía que iba a consolidar sus convicciones ideológicas. Este periodo se cierra con el combate, en los últimos momentos del régimen liberal en 1823, contra las tropas invasoras de los Cien Mil Hijos de San Luis. A partir de ese momento, Torrijos y su esposa afrontarán ocho años de exilio en Londres y las mismas penalidades que el resto de los emigrados, pues tuvo que dedicarse a la traducción como medio de vida ante la insuficiencia de los subsidios oficiales. Tradujo al español las memorias de Napoleón y las del general William Miller.[149] Su introducción y notas a estos dos textos nos muestran a un individuo formado y culto, de lo que se desprende que su opción por la libertad no fue producto de veleidades políticas, sino de una decisión fundamentada en sólidos conocimientos y en acendrados principios. En el exilio inglés su leyenda alcanzará una nueva dimensión al saltar las fronteras nacionales y comenzar su relación con importantes personajes de la escena política europea. En efecto, Torrijos hizo amistad con el general La Fayette, cuyo pedigrí liberal era incontrovertible. La Fayette ayudó en diversas ocasiones a Torrijos y contribuyó a popularizar su causa. Por otra parte, y aunque en el exilio de los liberales en Inglaterra la figura más respetada era el general Espoz y Mina, Torrijos fue poco a poco convirtiéndose en un personaje cada vez más admirado entre la opinión pública inglesa por su juventud y la solidez de sus convicciones. Ello le valió la incondicional amistad de los jóvenes universitarios de la sociedad de debate "Los Apóstoles de Cambridge", de donde saldría con él para Málaga el irlandés Robert Boyd. La leyenda de Torrijos muestra una cierta tirantez entre el héroe joven, apuesto e idealista y el ya maduro, conservador y pragmático Espoz y Mina. Este tipo de contrapesos, que refuerzan aún más a la figura heroica, siempre son necesarios en contextos como el que se describe.[150] El componente trágico del mito heroico de Torrijos comienza a gestarse con la preparación de la sublevación que acabaría con su fusilamiento. De nuevo, aciagos acontecimientos se mezclaron con las fatídicas decisiones tomadas por el héroe. En este caso, la personificación de los males que desencadenaron la perdición de Torrijos se halla en otro militar, Vicente González Moreno, con quien el futuro mártir de la libertad había combatido en la Guerra de la

[149] William Miller había combatido en la Guerra de la Independencia, donde conoció a Torrijos en la batalla de Vitoria. Jugó un destacado papel en las guerras de independencia de las repúblicas americanas, al lado de los independentistas.

[150] Una situación similar se produjo en la contraposición que la publicística realizaría años después entre los generales Espartero y Diego de León.

Independencia. Durante los meses previos al pronunciamiento, Torrijos, masón desde 1816-1817, comenzó a cartearse con un presunto compañero de logia llamado Viriato, quien le tenía al tanto de las circunstancias políticas de España. Viriato, afincado en Málaga, convenció a Torrijos de que el mejor lugar para entrar en el país era, precisamente, esta provincia. Tales fueron los argumentos de Viriato y tanta la convicción de Torrijos en el éxito de su plan que no quiso prestar oídos a las advertencias en sentido contrario de la Junta de Málaga. Esa es la razón por la que los conjurados desembarcaron en la playa de El Charcón y se adentraron en la Sierra de Mijas, en cuyas estribaciones les esperaban las fuerzas realistas, advertidas por el falso amigo, Viriato, que no era otro que Vicente González Moreno, a la sazón, gobernador de Málaga. Torrijos fue fusilado, junto con sus compañeros, el 11 de diciembre de 1831 en la playa de San Andrés. A partir de este momento, la leyenda no hizo más que crecer, apoyada no solo en la biografía de su viuda, sino también en la labor de poetas como Espronceda, quien en su soneto "A la muerte de Torrijos y sus compañeros", consagró de nuevo el compromiso intergeneracional en la lucha por la libertad en España. No hay ni que decir que el cuadro de Gisbert, *Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros en las playas de Málaga*, ha fijado la imagen de estos acontecimientos en el imaginario visual de todo español medianamente informado. Este cuadro se pintó entre 1886 y 1888 y fue un encargo del entonces presidente del gobierno Práxedes Mateo Sagasta, por medio de su ministro de Fomento (Eugenio Montero Ríos) quien creía necesario plasmar visualmente uno de los momentos heroicos de la lucha por las libertades en España para recordarlo a los ciudadanos. De nuevo, el compromiso intergeneracional apoyado en la memoria del pasado.[151]

Durante la primera parte del reinado de Isabel II el patrón heroico se revalidó a causa de la guerra civil, pero a la vez se creó una clara división entre las dos grandes culturas políticas del liberalismo español, las cuales, además, seleccionaron del pasado reciente aquellos acontecimientos e individuos que sostenían mejor los pilares de sus respectivas cosmovisiones políticas y sociales. Para los progresistas, el héroe fue el general Espartero, en el que confluían unos orígenes populares, un presunto carácter democrático y la defensa de las libertades frente a la arbitrariedad. Para los moderados, su héroe particular fue Diego de León, cuya leyenda se identificaba con el valor, el sentido aristocrático y la fidelidad absoluta a la monarquía. La leyenda heroica de Diego de León tuvo más éxito que la de Espartero a causa de su fusilamiento en 1841. Su destino

[151] Un análisis de la leyenda de Torrijos en MORALES MUÑOZ, Manuel: "Torrijos: historia y memoria de un héroe romántico", *Jábega*, 99 (2009), pp. 62-73. Sobre la importancia de la fijación plástica de las imágenes de los héroes: REYERO, Carlos: "¡Salvemos el cadáver!: Inmortalidad y contingencia del héroe en la plástica española del siglo XIX", en [Víctor MÍNGUEZ CORNELLES y Manuel CHUST CALERO (coords.)], *La construcción del héroe en España y Mexico*, op. cit., pp. 175-187. Hay que hacer notar que, a partir de 1939 este compromiso quedó roto, pues para el franquismo los héroes del liberalismo no podían ser sus referentes nacionales (a los que buscaron en los siglos áureos).

trágico y su muerte prematura han permitido que, históricamente, el mito asociado a él haya llegado, incluso, a despolitizarse.[152]

Antes se dijo que el mártir de la libertad es, generalmente, un militar. Sin embargo, y desde nuestra perspectiva actual, también podemos considerar héroes a otros individuos que perdieron su vida por una causa noble, como la de la defensa de la libertad, pero que han pasado a la historia más discretamente. No responden al patrón romántico descrito con anterioridad, por lo que en muchos casos fueron, y son hoy, prácticamente desconocidos para el gran público. No es este el lugar para profundizar en sus trayectorias, pero sí me parece importante hacer constar la existencia de estos individuos que arriesgaron, y en muchos casos perdieron, sus vidas. Nos ofrecen otras formas de heroicidad, más próximas a lo que hoy entendemos por una de las manifestaciones del héroe contemporáneo: el héroe anónimo, el individuo particular, aparentemente anodino. Hay que insistir, de nuevo, en el hecho de que la figura del héroe es una construcción histórica y que el carácter heroico que una sociedad atribuye a determinados individuos responde, como se dijo al principio de este texto, a los valores que para esa sociedad constituyen la base de su fundamento moral, religioso y político. En la España del absolutismo fernandino, un santo no se podía convertir en un héroe, como tampoco lo podía ser alguien como Isidoro de Antillón, jurista y geógrafo, gran luchador por la libertad (incluida la de los esclavos negros en América) que murió asesinado por los realistas.[153] Lo mismo puede decirse de Cayetano Ripoll, maestro de convicciones deístas, antiguo combatiente contra los franceses, miliciano en el Trienio liberal, acusado de hereje y ahorcado en Valencia en 1826, donde ejercía su magisterio, por la Junta de Fe de la diócesis de Valencia. La muerte de Ripoll fue un escándalo en Europa y revivió los más oscuros episodios de la leyenda negra española.[154] Estos individuos, más que como héroes, fueron percibidos en su tiempo como víctimas del absolutismo y de la intolerancia. En este sentido, es interesante hacer hincapié en la importante distancia que marca la categorización de un individuo como héroe o como víctima. En el primer caso, se trata de una condición activa: de un individuo que lucha, que combate contra una injusticia, aunque perezca en el camino. En el segundo, se trata de una condición pasiva: el individuo es objeto de una injusticia, que no merece, pero contra la que no ha podido defenderse. Al margen de

[152] SHUBERT, Adrián: "Being and Staying Famous in 19th-Century Spain: Baldomero Espartero and the Birth of Political Celebrity", *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 34 (2015), pp. 211-237; SÁNCHEZ, Raquel: "Héroe y mártir. La construcción del mito de Diego de León", *Revista de Historia Militar*, 112 (2012), pp. 265-296.

[153] Véase: HERNANDO, Agustín: *Perfil de un geógrafo: Isidoro de Antillón (1778-1814)*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1999.

[154] Una vez ahorcado, Ripoll fue metido dentro de una cuba con llamas pintadas y finalmente se le enterró fuera del cementerio, como se hacía en épocas anteriores con los herejes (LA PARRA, Emilio y CASADO, María Ángeles: *La Inquisición en España. Agonía y abolición*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2013, pp. 187-188). A principios del siglo XX, la figura de Ripoll sería rescatado por el republicanismo blasquista.

que posteriormente hayan sido contemplados de otra forma, lo cierto es estos personajes que han pasado a la historia como víctimas (secundarios de la historia) y no como héroes (protagonistas de la historia).

4. - AMAZONAS DE LA LIBERTAD

En la construcción de los relatos sobre la condición del héroe, las mujeres han sido las víctimas por antonomasia. Cuando la mujer no es víctima, es verdugo, pero entonces pierde su naturaleza femenina para adoptar otra, una naturaleza híbrida, que reúne lo peor, moralmente hablando, de ambos sexos. El carácter pasivo que los estereotipos de género han adjudicado a las mujeres permite catalogarlas en la condición de víctimas también en el romanticismo. Sin embargo, y en el caso español que nos ocupa, ya desde la Guerra de la Independencia encontramos mujeres patriotas que lucharon de las formas más variadas. No me voy a detener ahora en este periodo, que es objeto de atención en otro artículo de este monográfico, pero lo cierto es que tanto en la guerra como posteriormente, es claramente perceptible el rescate de esas figuras femeninas que, por supuesto, nunca están a la altura de los héroes masculinos, pero cuyo papel en la narrativa heroica tiene dos funciones: poner de manifiesto la vileza del enemigo (que se atreve a matar, secuestrar o maltratar a seres débiles) y evidenciar la cobardía de los hombres que huyen, no luchan o traicionan a la patria (los afrancesados, en especial). María del Carmen Silva, Manuela Malasaña, Agustina de Aragón, Emilia Duguermeur y otras muchas, que han pasado al panteón de los patriotas en la lucha por la libertad.[155] A partir de 1814 y, sobre todo de 1823, las mujeres formaron parte del entramado civil que dio apoyo a las conspiraciones militares, tanto por razones familiares (hermanos, maridos o padres implicados en la lucha) como por razones ideológicas. Esta cuestión es importante pues, como ha demostrado el estudio de J.F. Fuentes y P. Garí, la guerra y, sobre todo, el Trienio liberal habían familiarizado a la mujer con la política y habían favorecido su participación en actos cívicos de diverso cariz.[156] Sin embargo, y como señalan estos autores, la proyección de la mujer en la esfera pública liberal, y después en la clandestinidad, siempre se realizó desde los códigos que le eran propios, es decir, desde labores asistenciales y/o domésticas dirigidas a apoyar la actividad conspirativa masculina. Las mujeres liberales sufrieron represiones, encarcelamientos y otras humillaciones por su participación en estas actividades, pero en muchos casos, cuando cayó sobre ellas una sentencia de muerte, las autoridades la conmutaron por otras penas que, en algunos casos, resultaron ser extremadamente ofensivas.[157]

[155] Véase al respecto: CASTELLS, Irene, ESPIGADO, Gloria y ROMEO, Mª Cruz (eds.): *Las heroínas de la Guerra de la Independencia*. Madrid, Cátedra, 2009.

[156] FUENTES ARANGONÉS, Juan Francisco y GARÍ, Pilar: *Amazonas de la libertad. Mujeres liberales contra Fernando VII*. Madrid: Marcial Pons Historia, 2014, passim.

[157] Como la que se le impuso a Esperanza Planells Bardají por su implicación en

Es por eso que el caso de Mariana Pineda ha resultado sorprendente a aquellos que se han acercado a estudiarlo. Es cierto que Mariana Pineda tenía, antes de su apresamiento, una larga trayectoria de implicación en actividades subversivas, pero siempre de apoyo. El propio símbolo de la bandera por la que es detenida nos conduce, una vez más, a esas tareas domésticas asociadas a las mujeres: la costura.[158] Sin embargo, Mariana es "la" heroína del liberalismo español. En mi opinión, resulta muy acertada la explicación que proporciona Carlos Serrano cuando señala que en la mitificación de Mariana confluyen elementos masculinos de valentía y entereza con otros puramente femeninos. Por ejemplo, sin saber si fue o no cierto, la leyenda ha asentado la idea de que el jefe de la policía de Granada, Ramón Pedrosa, sentía gran atracción por ella y que, al no poder obtener sus favores, habría decidido castigarla políticamente. Es decir, lo que habría detrás de la muerte de Mariana no era su implicación en una trama conspirativa, sino el rechazo a los deseos de Pedrosa. En ese contexto histórico, con un universo mental definido por unos estereotipos de género compartidos por liberales y absolutistas, no cabía esperar que las mujeres murieran por razones políticas y, sobre todo, teniendo hijos pequeños. De este modo, la leyenda liberal identificaba reaccionarismo político con lujuria y violencia ciega y arbitraria con absolutismo. El componente sexual estaría, por tanto, muy presente en el mito de Mariana: para los reaccionarios, su conducta sexual era indecente y eso la convertía en políticamente inmoral; para los liberales, su compromiso político con el liberalismo la llevó al cadalso, a pesar de ser una mujer, es decir, la masculinización de su conducta la permitió acceder a la condición de héroe.

5. - UN HÉROE DE NUESTRO TIEMPO

En 1840 Mijail Lermontov publicó una novela titulada *Un héroe de nuestro tiempo*. Su protagonista, Grigori Pechorin, ha sido calificado en muchas ocasiones como la representación literaria del héroe byroniano. Los especialistas señalan, precisando más, que Pechorin es uno de los arquetipos de la literatura rusa: el hombre superfluo.[159] El

la conspiración de Marco-Artu. Planells fue recluida en la llamada Casa Galera de la Corte, con prostitutas y delincuentes. De nuevo, y siempre dentro de los códigos de la época, esta pena se consideraba un castigo ejemplar para una mujer respetable (FUENTES ARANGONÉS, Juan Francisco y GARÍ, Pilar: *Amazonas de la libertad*, op. cit., p. 281).

[158] En realidad, la bandera no había sido bordada por Mariana Pineda, sino por unas costureras del Albaicín a las que se lo había encargado. Fueron estas costureras las que, probablemente por dinero, delataron a Mariana. Sorprende que, dada el conocimiento que tenía del mundo de la conspiración, fuera tan ingenua como para encargar el bordado a personas externas a la trama. Interesantes análisis de su figura en: RODRIGO, Antonina: *Mariana de Pineda*. Granada, Comares, 2000; SERRANO, Carlos: "Mariana Pineda (1804-1831): mujer, sexo y heroísmo", en [Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA (coords.)]: *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*. Madrid, Espasa Calpe, 2000, pp. 99-126; FUENTES ARANGONÉS, Juan Francisco y GARÍ, Pilar: *Amazonas de la libertad*, op. cit., pp. 271-280.

[159] El hombre superfluo es un personaje refinado, a menudo aristócrata, sensible y cultivado, cuyos horizontes vitales son imprecisos,

héroe byroniano (atractivo, solitario, sofisticado, rebelde) tiene muchas concomitancias con el hombre superfluo, aunque no siempre coinciden, pues en el héroe byroniano hay una voluntad de acción (aunque sea impostada) que no se encuentra en el hombre superfluo. Sin embargo, resulta muy significativo que Lermontov decidiera dar ese título a su libro porque lo que estaba constatando era la presencia de un prototipo social que encarnaba al individuo insatisfecho, al hombre que afronta un problema existencial y no encuentra un camino para superarlo. Este icono del romanticismo, personificado en el poeta Byron, convivió en la Europa del XIX con los héroes militares y políticos. Estos últimos, hombres de una pieza, valientes e íntegros, responden a los criterios de la masculinidad, tal y como se entendía entonces. Este otro tipo de héroe, más enrevesado, con más sutilezas, menos dado a la acción directa y más al análisis, avanza matices del concepto que sobre la masculinidad utilizamos actualmente. El héroe byroniano es un héroe narcisista, alejado de los valores de la domesticidad burguesa[160], con una relación más compleja con la sociedad.[161] En España, Mariano José de Larra y José Espronceda encajan perfectamente en este estereotipo, aunque cada uno presenta unas peculiaridades que le singularizan, a pesar de que en su tiempo se les acusara a ambos de ser unos vulgares imitadores de modelos foráneos. Es bien cierto que hay en ambos una "pose", a veces afectada, pero esa actitud forma parte del escudo de este héroe romántico que en el fondo es un ser, o débil o muy sensible, con dificultades de adaptación, probablemente por su enorme capacidad para percibir aquello que para otros es invisible.

Esto es especialmente evidente para el caso de Larra, cuya crítica a la sociedad de su tiempo, entendida por muchos como las graciosas ocurrencias de un periodista ingenioso, encubría una mirada acerba y, en ocasiones, cruel hacia sus contemporáneos. Su actitud de dandi es, por tanto, el refugio aparentemente despreciativo de quien no logra encajar en unos moldes sociales apoyados en la hipocresía, la avaricia, la mala educación y la ignorancia. De esta forma, Larra no solo criticaba a sus contemporáneos con la palabra, también lo hacía con el gesto: su extremada elegancia era una forma de protestar contra la chabacanería; su gesto altivo buscaba frenar los excesos de una llaneza mal entendida. Recordemos aquí la muy conocida frase de Baudelaire cuando

por lo que acaba cayendo en el nihilismo. Su mirada cínica al mundo resulta absolutamente estéril, porque no aporta nada ni a sí mismo, ni a los demás. Pushkin lo retrató antes que Lermontov en su *Eugenio Oneguin* (1833), y Turgueniev le dio nombre en *Diario de un hombre superfluo* (1850). Véase al respecto: Agata Orzeszek, *El "hombre superfluo": un paseo crítico por la literatura rusa del siglo XIX de la mano del arquetípico héroe*. Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2000.

[160] Michael JONES, *The Byronic hero and the rhetoric of masculinity in the 19th century British novel*. Jefferson, North Carolina: McFarland & Company, Inc., 2017, pp. 12-14.

[161] No quiere esto decir que fueran impopulares, como demuestra la celebridad que alcanzó el poeta Byron, del que interesaba más el "personaje" que la obra literaria (véase LILTI, Antoine, *Figures publiques. L'invention de la célébrité, 1750-1850*. París, Fayard, 2014, pp. 297-303).

dijo aquello de que el dandismo era "el último resplandor de heroísmo en la decadencia". El suicidio fue para Larra, por consiguiente, la única salida posible para su angustia existencial cuando fue consciente de que, a su pesar, él también formaba parte de esa sociedad, él también hacía actuado como aquellos a los que despreciaba. Sus últimos artículos son el mejor testimonio de ello.[162]

En Espronceda, por el contrario, no hay tanto un dandismo estético como político y social. La suya es una actitud que asume la rebeldía y la personifica en el más icónico de los héroes románticos: el pirata. La rebeldía contra las leyes, contra los monarcas, contra las injusticias… Para el público contemporáneo, la archifamosa "Canción del pirata" ha perdido todo su contenido subversivo de tanto ser repetida de memoria en las escuelas. Sin embargo, en su tiempo fue la expresión más clara de la actitud del héroe independiente, ajeno a partidos y a banderas. El pirata, el corsario y demás personajes similares o asimilables, seres asociales y marginados, se convirtieron en el imagino romántico europeo en la máxima expresión de la libertad y la independencia personales. En Espronceda encontramos una fuerte voluntad de actuar, de cambiar el mundo. Su vida, de hecho, se ajusta mucho más al patrón heroico tradicional que la del analítico Larra. Parece ser que, siendo un niño, estuvo presente en el ajusticiamiento de Riego en la Plaza de la Cebada de Madrid y que, para vengar su muerte, creó con sus amigos una sociedad secreta. Esta y otras acciones debieron levantar las sospechas de la policía de Fernando VII, de modo que en 1827 su familia decidió sacarlo de España para evitar problemas mayores. En el exilio inglés, huyó con una mujer casada, Teresa Mancha, a cuya muerte dedicó una de las grandes elegías de la lírica en español. Su relación con Teresa, al contrario que la de los héroes antes citados y sus sufridas amadas, fue tormentosa y llena de recovecos, propia del héroe byroniano que llegó a ser. Participó en las jornadas revolucionarias de Francia en julio de 1830 y, finalmente, llegó a la España liberal, convertido en periodista insobornable y en político exaltado. Su actitud crítica no cesó hasta la muerte, que se produjo cuando tenía tan solo treinta y cuatro años. Sus últimos versos evidenciaban el vacío existencial y su incapacidad para comprender un mundo injusto. Así, hace decir a Adán en *El diablo mundo*, estas palabras: "El Dios, ése que habita / omnipotente en la región del cielo, / ¿quién es, que inunda a veces de alegría, / y otras veces cruel con mano impía / llena de angustia y de dolor el suelo?".[163]

[162] Aparte de estudios más cercanos en el tiempo, resulta imprescindibles para el análisis de Larra desde esta perspectiva dos clásicos como son los libros de AZORÍN, *Rivas y Larra* (varias ediciones) y UMBRAL, Francisco, *Larra, anatomía de un dandy* (varias ediciones).

[163] Algunos trabajos para comprender su figura desde esta perspectiva: RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique, *Espronceda: su tiempo, su vida y sus obras: ensayo histórico-biográfico*. Madrid, Imp. de Fernando Cao y Domingo de Val, 1883; PUJALS, Esteban, *Espronceda y Lord Byron*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1972; MARRAST, Robert, *José de Espronceda y su tiempo: literatura, sociedad y política en tiempos del romanticismo*. Barcelona, Crítica, 1989; MARTÍNEZ TORRÓN, Diego, *La sombra de Espronceda*. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1999 y *El otro Espronceda*. Sevilla: Ediciones Alfar, 2016.

6. - LA HUELLA DEL HÉROE ROMÁNTICO

Es difícil saber a ciencia cierta si los héroes románticos que hemos visto aparecer por estas páginas jugaron un papel significativo en el devenir histórico de la España del siglo XIX o si, por el contrario, el acontecer político y social se movió por sendas más realistas. Que el héroe habita en el imaginario colectivo parece indudable, pero también es innegable que, en muchas ocasiones, quienes cobran los réditos de las acciones heroicas, sobre todo si el héroe ha perecido en la lucha, son los individuos pragmáticos. En cualquier caso, Riego, Mariana Pineda, Torrijos y tantos otros contribuyeron con su ejemplo a mostrar a los españoles que las injusticias, la opresión y el absolutismo no deberían ser las condiciones normales de la vida de las personas. Si con su ejemplo no consiguieron acabar con el reinado reaccionario de Fernando VII, al menos mostraron a los españoles que el ser humano, para serlo, no debe considerar normales los ataques a su dignidad como persona. La otra gran tipología del héroe romántico, el hombre atormentado por su fugaz realidad, el nihilista perdido tratando de comprender mundo, persiste con más fuerza aún, disfrazado con los atuendos morales de nuestro tiempo y cubierto por masas de objetos de consumo, pero encarnado en un momento en que, más allá de las exigencias de nuestra realidad material y sociopolítica nos enfrenta con otra realidad más radical, aunque menos evidente: la existencial.

En definitiva, ¿qué queda hoy en día del héroe romántico? Es cierto que, como tal, el héroe romántico es producto de un tiempo histórico concreto, pero el arquetipo, con sus formas modernas encarnadas en el héroe anónimo, aún pervive en una época como la nuestra, llena de escepticismo hacia los valores que guiaron a los héroes de otro tiempo. Las grandes palabras y las terribles acciones que se han realizado en su nombre nos han llevado a desconfiar de casi todo. Sin embargo, sigue habiendo en el mundo personas que luchan por las mismas razones por las que lo hicieron los héroes del romanticismo, en países donde todavía es un delito la discrepancia política o donde la supervivencia física constituye aún un acto heroico. Incluso en nuestros países occidentales y democráticos sigue habiendo héroes que luchan de forma anónima contra la barbarie y la injusticia. Sin los héroes, estaríamos condenados a vivir bajo la opresión.

7. - BREVE RELACIÓN BIBLIOGRÁFICA

ARGULLOL, Rafael: *El Héroe y el Único: el espíritu trágico del romanticismo*. Barcelona, Destino, 1990.

CARLYLE, Thomas: *On Heroes and Hero-Worship and the Heroic in History*, Londres: James Fraser, 1841.

CASTELLS OLIVÁN, Irene: *La utopía insurreccional del liberalismo: Torrijos y las conspiraciones liberales de la década ominosa*. Barcelona, Crítica, 1989.

CASTELLS OLIVÁN, Irene y ROCA VERNET, Jordi, "Napoleón y el mito del héroe romántico. Su proyección en España (1815-1831)", *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, 4 (2004) http://hispanianova.rediris.es/4/articulos/04_001.htm

CLARKE, George: "El héroe trágico romántico. El camino hacia lo imposible, la seducción del fracaso y la conquista de lo inevitable", https://www.academia.edu/2115907/El_h%C3%A9roe_tr%C3%A1gico_r%C3%B3mantico

FUENTES ARANGONÉS, Juan Francisco y GARÍ, Pilar: *Amazonas de la libertad. Mujeres liberales contra Fernando VII*. Madrid: Marcial Pons Historia, 2014.

HAZAREESINGH, Sudhir: *The legend of Napoleon*. London, Granta Books, 2005.

MARRAST, Robert: *José de Espronceda y su tiempo: literatura, sociedad y política en tiempos del romanticismo*. Barcelona, Crítica, 1989.

MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor y CHUST CALERO, Manuel (coords.): *La construcción del héroe en España y Mexico: (1789-1847)*. Valencia, Universitat de València, 2003.

SÁNCHEZ MARTÍN, Víctor: *Rafael del Riego. Símbolo de la revolución liberal*. Alicante, Universidad de Alicante, 2016.

SERRANO, Carlos: "Mariana Pineda (1804-1831): mujer, sexo y heroísmo", en Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*. Madrid, Espasa Calpe, 2000, pp. 99-126.

UMBRAL, Francisco: *Larra, anatomía de un dandy*, Madrid: Alfaguara, 1965.